

ANTONIO PARAMIO MIRANDA

EL ADIESTRAMIENTO SILENCIOSO

**Inteligencia emocional aplicada
al adiestramiento canino**



Índice

Agradecimientos	XI
Introducción	XV
1. La realidad supera a la ficción	1
La caja de Pandora	1
Las cosas tienen que cambiar	9
2. Cada perro, un mundo.....	15
Herencia y medio	15
Cerebro y conducta.....	21
<i>Secuestro emocional</i>	27
Nosotros miramos, los perros ven.....	32
3. Inteligencias múltiples	37
Inteligencia asociativa.....	41
Inteligencia olfativa	45
Inteligencia corporal-motora	50
Inteligencia espacial.....	56
Inteligencia predadora.....	60
4. Inteligencia emocional.....	67
Inteligencia emocional intrapersonal	71
<i>Autoconciencia</i>	71
<i>Autorregulación</i>	73

<i>Motivación</i>	76
Inteligencia emocional interpersonal	82
<i>Empatía</i>	83
<i>Sintonización</i>	86
<i>Sincronización</i>	89
5. Las claves del éxito	93
El estímulo más atractivo del mundo.....	93
<i>Feedback</i> : información global.....	98
Facilitar	103
Lo que no vemos, sí está.....	109
Teoría de la no confrontación.....	115
Los perros asocian queramos o no	120
¿Qué refuerza un refuerzo?	124
Premiar la iniciativa.....	127
Si no hay orden no hay error	134
El detalle hace la excelencia	140
Dos por uno es tres	147
Menos es más	152
Vísteme despacio que tengo prisa	157
Dar responsabilidad al perro.....	163
Todo es comunicación.....	171

Introducción

Muchos años han pasado desde que adiestré el primer perro, fue en la primavera del año 1976. Desde entonces las cosas han cambiado mucho con respecto a los perros; por aquellos años, la gente que tenía un perro lo tenía para que desempeñara una labor: guardián, caza, pastoreo, etc. Ya decía Gandhi que la evolución de una sociedad se nota según el trato que da a sus animales. En los años setenta del siglo XX casi nadie tenía un perro como mascota; en los años 80 se puso de moda tener un perro de raza pura con pedigrí resultaba muy curiosa la importancia que los dueños le daban a esto y que se traducía siempre en frases del tipo: “mi perro es hijo de campeones”, “es de pura raza, tiene pedigrí”, etc.; en los años 90, la gente adquiría un perro de una raza que le gustaba pero no le daba importancia ninguna al pedigrí: “total, si no lo voy a cruzar nunca”, “tengo esta raza porque me gusta”. Y así llegamos al siglo XXI, en el que la mayoría de la gente prefiere adoptar un perro que comprarlo. Sin embargo, tengo que decir que el cambio tan rápido que ha sufrido la sociedad y la progresiva sensibilización de la gente hacia los perros está produciendo efectos contraproducentes porque muchos dueños tratan a sus perros como si fueran sus hijos y no se dan cuenta de que esto no les produce ningún bien, sino al contrario, es una fuente

de problemas emocionales que se traducen en problemas de conducta que terminan produciendo problemas a los dueños y, finalmente, son el motivo de abandono de muchos perros. La gente tiene que entender que una relación no puede basarse solamente en el amor; en cualquier relación también debe existir “respeto”. Los perros y las personas pertenemos a dos especies distintas que hemos seguido distintos procesos evolutivos y, como resultado, ni vemos el mundo de la misma forma ni nuestras necesidades son las mismas; cada especie tiene las suyas; sin embargo, es curioso ver cómo este tipo de trato se reduce a los perros: nadie trata a un loro, una iguana o un caballo como si fuera una persona, pero a los perros sí. Esto, en mi opinión, se debe a que tienen una vida emocional que se ajusta perfectamente a las necesidades afectivas de los humanos. El problema es que esta forma de tratar a los perros es totalmente inadecuada para ellos y desemboca en problemas de conducta.

Esta evolución tan rápida de la sociedad con respecto a los perros también se ha traducido en un aumento muy significativo del interés sobre la conducta y el adiestramiento caninos. En los años setenta del siglo pasado, prácticamente nadie adiestraba perros, sin embargo, el cambio en lo relativo al adiestramiento en los últimos cuarenta años ha sido tan espectacular que ya contamos con varios campeones del mundo españoles en distintas disciplinas. No obstante, muchos profesionales continúan anclados en técnicas antiguas que se han quedado obsoletas y es fácil observar con demasiada frecuencia cómo se cometen muchos errores de manejo durante las clases de adiestramiento.

Esto nos enlaza directamente con el contenido de este libro porque, en realidad, todos estos errores de manejo se deben a problemas de comunicación y de esto precisamente tratará este libro: de cómo comunicarnos de la forma más efectiva, natural y positiva con nuestros perros. De esta forma, inicialmente, analizaremos los errores de manejo y los puntos de vista equivocados que las personas, tanto particulares como muchos nuevos profesionales, cometen con respecto a nuestros perros; después hablaremos de la influencia de los genes y del entorno en la personalidad final de cada perro; posteriormente hablaremos sobre psicología canina, analizaremos la forma en que los perros perciben el mundo, la forma en que codifican la información y su influencia en el aprendizaje. El siguiente paso es estudiar y describir pormenorizadamente todos y cada uno de los aspectos más relevantes respecto al modo particular que cada perro tiene de comportarse y, para ello, analizaremos las inteligencias múltiples de los perros y describiremos las competencias de la inteligencia emocional canina, tanto intrapersonales como interpersonales, que hacen que cada perro sea distinto, que cada uno de ellos necesite distintas técnicas de acercamiento y manejo. Después analizaremos todos aquellos aspectos que están relacionados tanto con la comunicación como con el aprendizaje y, finalmente, hablaremos de la forma de optimizar todo lo descrito en los capítulos anteriores para conseguir que el aprendizaje, educación y adiestramiento de los perros sea lo más sencillo, natural y positivo posible.

Cada perro, un mundo

*La relevancia que los objetos tienen para nosotros,
es totalmente irrelevante para los perros.*

ANTONIO PARAMIO

Resulta evidente que cada perro es una entidad tan individual como única, incluso dentro de una misma camada encontramos ejemplares con una gran diferencia de tendencia de expresión tanto de rasgos conductuales como de umbral de respuesta a determinados estímulos; sin embargo, no está de más que insistamos un poco en ello para que los lectores entiendan de qué factores depende la personalidad individual de cada perro.

Herencia y medio

Está claro que los perros nacen con una dotación genética heredada de sus padres en la que está contenida la información sobre sus pautas de comportamiento heredadas y el umbral de expresión de cada una de ellas. Por otro lado, es evidente que el entorno en el que el cachorro crezca influirá sobre estos rasgos heredados, de forma que podemos decir que la influencia

del entorno moldeará y/o modulará el umbral de expresión de las tendencias conductuales de los rasgos heredados. Podemos decir que el conjunto de tendencias de rasgos heredados (temperamento) es la arcilla y que el entorno en el que el cachorro crece es el alfarero, de forma que el carácter y personalidad definitiva del perro dependerá del efecto del alfarero sobre la arcilla, es decir, del entorno sobre las pautas y umbrales de tendencias conductuales heredadas (temperamento). Es cierto que la influencia del entorno puede minimizar, optimizar, destruir o potenciar tendencias conductuales heredadas en función de su efecto positivo o negativo sobre ellas, especialmente durante el periodo de socialización, es decir, durante los cuatro primeros meses de vida; pero esto no debe llevarnos a la falsa conclusión de que la herencia es menos importante. Todos los que hemos criado perros y nos hemos quedado con algunos hijos de nuestros mejores reproductores hemos podido comprobar que, a pesar de no criarse juntos, de crecer en diferentes entornos, etc., los hijos realizan conductas muy similares a su padre/madre a medida que se van haciendo mayores.

Vamos a ilustrarlo con un ejemplo; yo tenía un West Highland (*Vitorino*) que era un perro con unas cualidades excepcionales tanto física como conductualmente y que utilizaba de vez en cuando como semental; de una de las camadas me quedé con un hijo suyo (*Boli*). *Vitorino* siempre vivió dentro de la casa, pero *Boli* creció y vivió en un chenil junto a su madre y dos hembras de Westy más; pasó por un adecuado proceso de socialización y todos los días convivía en grandes parques y paseos por la finca con otros perros pero nunca estuvo en una

vivienda. Con el paso del tiempo, debido al natural proceso de envejecimiento, sus compañeras de chenil fueron falleciendo y, cuando finalmente falleció *Grace* (su madre), decidimos llevarlo a la vivienda y adaptarlo a los cinco perros que componían la manada que vivía en la casa porque nunca había estado solo. A pesar de que su padre había fallecido ya y nunca convivieron juntos, *Boli* (que ya tenía diez años de edad) desplegó desde su entrada en la vivienda una serie de conductas que eran exactas a las que su padre realizaba mientras vivió en la casa. Resultaba realmente sorprendente que un perro criado en un chenil que nunca convivió con su padre tuviera un repertorio conductual tan exacto al de su padre.

De este modo podemos concluir que el entorno es más decisivo en la expresión de tendencias de conducta determinadas genéticamente si el efecto contingente a la conducta es muy fuerte o extremo, es decir, si una tendencia conductual heredada produce resultados muy negativos cada vez que se emite, el perro dejará de emitir esa conducta para evitar el resultado negativo pero, en ausencia de consecuencias negativas fuertes, es evidente que el perro mantiene la tendencia heredada a emitir la conducta durante toda su vida.

Esto es muy importante a nivel de adiestramiento porque significa que aunque un perro se haya desarrollado en un entorno que no ha potenciado ni facilitado la expresión de sus pautas de conducta determinadas genéticamente, si las consecuencias de sus conductas no han sido negativas, mantiene la tendencia de expresarlas conductualmente y el adiestrador

solamente deberá fomentarlas y potenciarlas para que el perro las exprese.

De todo esto podemos concluir que el umbral de respuesta de los rasgos heredados depende fundamentalmente de dos factores:

- En primer lugar, que el cachorro pase por un adecuado proceso de socialización que le dote de la capacidad de aprender a aprender y de un alto grado de adaptabilidad a variaciones del entorno.
- En segundo lugar, que la expresión de las pautas y tendencias de conducta heredadas no le hayan producido consecuencias negativas que le hayan dejado impresiones emocionales negativas respecto a la realización de una conducta.

Es evidente que siempre es preferible realizar un proceso de socialización muy completo en el que se potencien las conductas deseadas y, además, porque el aprendizaje temprano, es decir, durante las fases de socialización, aumenta la capacidad de aprendizaje del perro de forma que podemos decir que el cachorro aprende a aprender y cada vez le resulta más sencillo establecer relaciones entre eventos (inteligencia asociativa) y, por lo tanto, aprende progresivamente con mayor rapidez. Asimismo, un buen proceso de socialización y potenciación garantiza que el cachorro desarrolle un mayor número de conexiones neuronales y adquiera un mayor grado de adaptabilidad.

Del segundo de los factores señalados concluimos que tanto la ejecución de una conducta como la intensidad y/o persistencia que el perro emplea en su ejecución tienen un fuerte componente aprendido; por ejemplo: un cachorro con un gran instinto de caza que persigue con gran intensidad y persistencia a los conejos, puede dejar de emitir esta conducta si cada una de las veces que la realiza, la consecuencia es negativa pero, a pesar de que el perro no realice la conducta porque ha aprendido que le reporta consecuencias negativas, su tendencia hacia la realización de dicha conducta no ha desaparecido sino que permanece latente; el perro no ejecuta esa conducta para evitar consecuencias negativas pero su tendencia hacia la realización de la conducta no desaparece, solamente es necesario que alguien la fomente o potencie para que la exprese con el mayor grado de intensidad que le permita su límite genético.

Independientemente de su pasado, lo cierto es que cada vez que debemos enseñar, educar o adiestrar a un perro, nos encontramos con un individuo único, con unas tendencias conductuales heredadas concretas y con unas experiencias concretas y la única forma de optimizar el proceso de aprendizaje es adecuarlo a sus competencias emocionales concretas, de forma que podamos basarnos en ellas para optimizar tanto su aprendizaje como sus respuestas conductuales y hacerlo de forma lúdica, de manera que el perro trabaje por voluntad propia, que realice las conductas que nosotros deseamos y esto le reporte consecuencias positivas y que, finalmente, el perro autorregule sus conductas en función de sus consecuencias.

Debemos tener muy en cuenta que el perro, en función de sus experiencias anteriores, expresará un estado emocional concreto y, como siempre, es el principal factor que deberemos atender porque, como hemos señalado antes y repetiremos más veces: “primero es la emoción y después la conducta” y es fundamental que el perro se encuentre en un estado emocional adecuado para que la tasa de aprendizaje sea óptima y su tendencia a colaborar sea máxima; factor que se incrementará exponencialmente porque todas las conductas deseadas tendrán como consecuencia resultados positivos para el perro, tanto a nivel refuerzos como a nivel emocional.



El estado emocional del perro durante la clase es fundamental, quedará asociado a la realización del ejercicio o tarea para siempre.

Como hemos señalado anteriormente, debemos tener muy presente que el estado emocional asociado a la emisión de una conducta puede ser natural o aprendido, es decir, puede ser la pura expresión de una forma heredada de actuar o, por el contrario, puede deberse a consecuencias que el perro haya experimentado con anterioridad cuando emitía esa conducta. Independientemente de cuál sea el caso, nuestro trabajo consistirá en optimizar el estado emocional del perro cuando realiza una conducta para que asocie ese estado emocional placentero a la realización de la misma.

Cerebro y conducta

Si algo tengo que reprocharle a la ciencia es esa manía inalterable que tienen de despreciar todo lo que se observe, analice o concluya fuera de un estricto proceso científico. Entiendo que debe haber un control sobre el entorno, variables y parámetros cuando se realiza un estudio, pero la intuición, experiencia, observación, etc., también son muy importantes. Entiendo que no tienen rigor científico pero son insustituibles. Voy a poner un ejemplo, yo tengo un centro canino desde hace más de 30 años, supongamos que pasan por el centro 1.000 perros al año; eso quiere decir que yo he tratado con unos 35.000 perros. A veces, traen un perro para pasar unos días en nuestra residencia canina y, según lo veo, lo primero que dice mi cerebro es: cuidado que muerde. Esta es una conclusión totalmente acientífica, pero con un porcentaje de éxito del 99%. Independientemente de que el lenguaje corporal del perro no exprese tendencia a la agresión, a la imposición, etc., algo en

mi cerebro concluye que el perro muerde; yo no tengo ni idea de por qué es, no veo nada en las expresiones ni en el lenguaje corporal del perro que me haga suponer que muerde o es escapista; sin embargo, mi cerebro lo sabe. Está claro que mi cerebro tiene registradas cosas de las que yo no soy consciente (bastante triste sí, pero es así); también está claro que mi cerebro ha registrado esos datos a través de los miles de perros con los que he tratado, pero lo cierto es que yo no sé explicar ni teorizar porque ese perro muerde: mi cerebro lo dice y siempre acierta. Aunque no sea científicamente demostrable, lo cierto es que mi cerebro acierta casi siempre, supongo que en función de la experiencia acumulada a través del trato con tantos miles de perros. A mí me resulta imposible explicar por qué en numerosos casos. Es evidente que mi cerebro registra cosas de las que yo no soy consciente. Entiendo que al no poder demostrarse científicamente no se contemplen estas opiniones, pero también tengo claro que es una pena no hacerlo porque limitan enormemente nuestros conocimientos tanto sobre las bases del aprendizaje como sobre la conducta canina y, especialmente, respecto a todo lo relativo a procesos emocionales y cognitivos.

Los conductistas rechazaban todo aquello que no fuera medible científicamente, no porque lo repudiaran sino porque no podía medirse, simplemente. Pero que no pueda medirse no significa que no exista ni que no sea tan real como cierto. Nos encontramos ante un gran vacío científico en cuanto a la forma de medir los procesos tanto mentales como emocionales que se producen en el sujeto mientras se estudian sus conductas y respuestas, tasa

de aprendizaje, etc., y por lo tanto, no tenemos conclusiones científicas sobre las posibles influencias del estado emocional y los procesos mentales del perro durante los estudios. La lamentable realidad es que el resultado de los estudios científicos se ve, inevitablemente, afectado por el estado emocional del sujeto con el que se están haciendo los ensayos, pruebas, etc., porque, obviamente, no responderá igual si está tranquilo, es decir, emocionalmente estable y equilibrado, que si tiene un nivel de estrés o ansiedad elevados y, como esto tampoco se cuantifica, estudia o detalla en los experimentos, los resultados seguirán el protocolo científico, pero no tienen por qué ser ni remotamente parecidos a los resultados que se producirían si el animal objeto del estudio estuviera emocionalmente equilibrado.

La psicología cognitiva surge a mediados del siglo pasado como una alternativa al conductismo y se basa precisamente en la influencia que tienen los procesos cognitivos en la conducta. Lo que diferencia a la psicología cognitiva del conductismo es que estudia los procesos mentales que se producen para explicar la conducta, pero la palabra “emoción” sigue sin aparecer en esta teoría; los psicólogos cognitivos piensan que la conducta no se debe a instintos, necesidades, etc., sino a procesos cognitivos más la voluntad y motivación del individuo. Su premisa es que los procesos cognitivos son la base de las conductas a través de un estado motivacional pero, ¿cómo es posible esto sin tener en cuenta las emociones del sujeto? ¿Cómo es posible que se active una pauta de conducta sin tener en cuenta la “emoción” que siente el sujeto en cada momento?

A mí me parece que el proceso es más sencillo, que cuando un perro se encuentra en una situación determinada, ciertamente realiza procesos cognitivos basados en su experiencia y, en función del resultado, adquiere un estado emocional que es el que le impulsa a actuar, determinando así la conducta.

Por otro lado la psicología comparada y la etología cognitiva siguen sujetas a debate y los especialistas no parecen ponerse de acuerdo sobre su viabilidad científica, de forma que, para no variar, nos encontramos con que no hay una forma científica actualmente reconocida que se encargue del estudio de la vida emocional de los animales y, por lo tanto, todas las conclusiones que realicemos a través del contacto y/o convivencia con los animales, observación directa o intuición no tienen ningún rigor científico pero, como hemos señalado con anterioridad, que exista o no alguna rama de la ciencia que respalde estas conclusiones nos da lo mismo. Que la ciencia no los acepte no significa que no existan ni que no sean ciertos. La observación directa no será científica pero, cuando alguien que ha tratado con 40.000 perros dice algo, está claro que posee la experiencia y conocimientos tan necesarios como suficientes para hacer una afirmación y, como todos sabemos, la observación directa es la responsable de la mayoría de estudios sobre comportamiento de los gorilas o de los lobos nórdicos.

Sin embargo, en otros campos, la ciencia nos aporta datos derivados de muchos estudios que son muy útiles y nos proporcionan valiosa información sobre ciertas áreas que son concluyentes sobre determinados aspectos que influyen con-

siderablemente en la forma de actuar de nuestros perros. Así, la aseveración científica de que poseemos tres cerebros, arroja mucha luz y una cascada de información relevante sobre algunos de los aspectos de la conducta de nuestros perros. Es cierto que una buena parte del cerebro, sus funciones y las relaciones existentes entre ellos continúan siendo desconocidas pero, teniendo en cuenta que el cerebro es el encargado de procesar y clasificar la información y de que en él se encuentran los centros que rigen la vida emocional, cualquier descubrimiento aporta mucha luz sobre las causas de determinadas reacciones y conductas de nuestros perros.

La ciencia ha concluido definitivamente que, a medida que las especies evolucionan, se van creando nuevas capas cerebrales; las nuevas capas no sustituyen a las anteriores, sino que se superponen a ellas y se crean conexiones entre las diferentes capas pero las capas anteriores mantienen sus funciones básicas, de forma que la conclusión es que los mamíferos poseemos tres cerebros:

- El paleocerebro, que es el más antiguo y básico.
- El cerebro medio, compuesto por el sistema límbico.
- El neocórtex, formado por la corteza cerebral.

El paleocerebro está compuesto por la médula espinal, el cerebelo, el mesencéfalo y los bulbos olfatorios, y se encarga de las funciones básicas para la supervivencia; así, es el encargado de las funciones básicas pulmonares (respiración), latidos del corazón, etc.

El cerebro medio está compuesto por la amígdala, tálamo, hipotálamo, hipocampo, etc. Los estudios demuestran que la amígdala cerebral es la responsable de las emociones y de la memoria emocional, de forma que es la parte del cerebro medio encargada de gestionar todo lo relativo a las emociones. El hipocampo es el responsable de las respuestas relacionadas con la agresión, ya sea defensiva, ofensiva o reactiva, y regula el sistema endocrino. El tálamo es el encargado de recibir los estímulos externos y a través de él parte de la información percibida pasa a la corteza cerebral. El hipotálamo es el encargado de regular la temperatura y colabora en determinadas respuestas emocionales, como la “distancia de fuga”.

Por su parte, el córtex cerebral es el responsable de los procesos cognitivos. Está dividido en cuatro zonas: frontal, parietal, temporal y occipital. Cada una de estas zonas es responsable de ciertas funciones, pero también es cierto que muchas otras no dependen únicamente de una zona del córtex, sino que su función es compartida por más de una zona del córtex cerebral. Por ejemplo, el lóbulo occipital está relacionado con el procesamiento de imágenes y muchos aspectos relacionados con la vista; sin embargo, es el lóbulo parietal el responsable de la atención visual. Otro ejemplo: parece ser que es el lóbulo temporal el encargado de la memoria, sin embargo, es el lóbulo occipital el que se encarga del reconocimiento de sonidos, imágenes, etc.

Secuestro emocional

Como hemos señalado anteriormente, la información proveniente del entorno es percibida por el tálamo y desde ahí pasa a la corteza cerebral; sin embargo, parte de la información pasa al centro regulador de las emociones que, como hemos visto, es la amígdala y, en función de la impresión emocional que nos cause, actuamos de forma tan visceral como instantánea antes de que la información llegue a la corteza cerebral y esta tenga tiempo de razonar una respuesta. Por eso actuamos de forma irreflexiva, inconsciente y refleja, para dar salida al estado interno que nos provoca la emoción que sentimos en ese momento.

Debemos tener en cuenta que el miedo es la emoción más fuerte que existe y que el pánico es la máxima expresión de esta emoción. Cuando un perro siente pánico es incapaz de realizar procesos cognitivos, siente amenazada su supervivencia y lo único que tiene importancia en ese momento es salvarse del estímulo que le provoca el pánico. En ese estado es la amígdala la que toma el control y las respuestas son súbitas y viscerales. Eso es exactamente lo que sucede cuando se produce una avalancha de gente en un campo de fútbol, un concierto, etc., en su afán por salvarse, gobernados por la amígdala, la gente no piensa, no razona, solo existe la idea de salir de allí y así muchos de ellos terminan pereciendo por aplastamiento o asfixia. Sin embargo, en todas esas tragedias siempre hay alguien que es capaz de mantener la serenidad y evaluar la situación, pensar cómo salir y suelen terminar encontrando una salida alternativa.

Esto nos lleva a concluir que debemos tener muy en cuenta que las emociones son personales porque no todos los perros reaccionan de la misma forma ante un mismo estímulo y el umbral de respuesta depende tanto del temperamento heredado como de las experiencias relacionadas con ese estímulo que el perro haya tenido. Cuántos perros al escuchar un ruido fuerte salen corriendo presa del pánico; sin embargo, otros perros ante esa misma situación no reaccionan de forma negativa y el ruido parece ser un estímulo neutro para ellos; es evidente que la emoción que el ruido provoca en los perros que escapan es el miedo y en los demás no. Por lo tanto, la intensidad del estímulo es la que determinará el estado emocional que produzca en cada perro y, consecuentemente, la conducta que el perro realice como respuesta.

Como vemos, el papel de las emociones es determinante y por eso es tan importante que seamos conscientes de que es prioritario que el perro se encuentre en un estado emocional adecuado cuando vamos a trabajar con él. Es evidente que si un perro está preocupado por algún estímulo presente en el entorno no está en las mejores condiciones ni de aprender nada ni de trabajar porque su atención se centra en el estímulo que le preocupa, emocionalmente sentirá ansiedad y conductualmente querrá realizar conductas de evitación o escape para librarse de las posibles consecuencias negativas de un enfrentamiento con ese estímulo. Por eso decimos que una prioridad cuando vamos a enseñar algo a un perro es hacerlo en un entorno controlado en el que no puedan aparecer de forma repentina estímulos que puedan afectar negativamente al perro.

También es muy importante que tengamos en cuenta que la incertidumbre es una de las principales causas de ansiedad y, por lo tanto, es muy importante que la información global (*feedback*) que demos al perro sobre el ejercicio o tarea que debe aprender o realizar sea clara, exacta y precisa para que no exista incertidumbre y, de este modo, el perro no sienta ansiedad.

Veremos todo esto con mayor profundidad en próximos apartados, pero lo que debe quedar muy claro ahora, la conclusión que debemos sacar de lo expuesto en este capítulo es que las emociones determinan las conductas y respuestas de los perros y, por lo tanto, es de vital importancia tener en cuenta que el perro asociará el estado emocional en el que se encuentre al ejercicio o tarea que le estemos enseñando en ese momento. Eso es lo más importante si queremos que el perro aprenda y/o trabaje de forma natural, positiva y por voluntad propia.

Lo cierto es que vivimos en un mundo en que muchas personas aún se resisten a creer que los perros puedan sentir emociones, la discusión sobre esto ni siquiera merece la pena porque los perros nos demuestran todos los días a través de sus conductas las emociones que sienten en cada momento; así, si un perro siente miedo lo demuestra con su lenguaje corporal y realizando conductas de evitación y/o escape, etc. Mucha gente dirá que esto son emociones básicas, pero que no pueden sentir emociones más complejas; sin embargo, los perros también demuestran celos, odios específicos (forma de resentimiento).

Sí es cierto que los perros no demuestran en ningún momento la capacidad de sentir emociones ambivalentes, es decir, un perro ama u odia, pero no puede sentir ambas emociones hacia la misma persona o hacia otro perro. Asimismo, dos perros que conviven juntos se pueden pelear alguna vez, pero eso no significa que se odien y se amen, simplemente se trata de una disputa, agresión redirigida, etc. que siempre es ocasional y que no afecta a la relación que mantienen en el día a día. Existen casos que pueden hacer dudar a algunos lectores pero en realidad no se salen de la norma descrita. Por ejemplo, el caso en que en un lugar donde vive un perro adulto y se introduce un cachorro; inicialmente el cachorro sigue al adulto y digamos que lo considera el “jefe”; cuando el cachorro alcanza la madurez, en muchos casos se producen peleas, pero son peleas jerárquicas, es decir, el perro más joven quiere arrebatar el puesto más alto de la jerarquía al mayor, pero esto tampoco significa que se odien. Lo que sucede la mayoría de las veces es que los dueños no tienen la suficiente autoridad para impedir que suceda y cuando se produce la pelea separan a los perros y el conflicto se queda sin resolver y terminan volviendo a pelearse. Que nadie entienda con esto que yo esté diciendo que deberían dejar que la pelea continúe hasta que haya un vencedor. Como ya he dicho, aquí el problema radica en que los dueños no son capaces de imponer unas normas ni tienen el control necesario para evitar esos altercados, y los perros terminan por decidir. Algunos de estos casos llegan al extremo y los perros ya no pueden volver a convivir juntos. Es un ejemplo perfecto de lo dicho al inicio de este párrafo: no pueden sentir emoción

nes ambivalentes. Antes se querían y ya no se pueden ni ver; lo uno o lo otro pero ambas a la vez no.

Llevo años insistiendo en la importancia de las emociones como precursoras de las conductas de los perros y en que resultarán determinantes en la ejecución de sus futuras expresiones conductuales porque, como ya he repetido anteriormente, cuando un perro aprende un nuevo ejercicio o tarea, el estado emocional en el que se encuentra durante la fase de aprendizaje siempre estará asociado a la ejecución del ejercicio o tarea. Repito esto hasta la saciedad en todos mis cursos y seminarios y, afortunadamente, cada vez es mayor el número de alumnos y profesionales del adiestramiento que comprenden la enorme importancia de las emociones y que las contemplan como uno de los pilares fundamentales a la hora de interactuar o adiestrar a un perro.

Es interesante recalcar que, a pesar de que las emociones sean las precursoras de las conductas y que los procesos cognitivos son imprescindibles en el aprendizaje, lo cierto es que continuaremos enseñando y adiestrando a nuestros perros según conceptos conductistas. Los términos refuerzo, estímulo condicionado, respuesta incondicionada, etc., se establecieron durante las investigaciones conductistas y son imprescindibles para la enseñanza de ejercicios, educación y adiestramiento de perros. Los perros aprenden por condicionamiento operante que es un tipo de condicionamiento estudiado y desarrollado por el conductismo. ¿Por qué aprenden por condicionamiento instrumental u operante? Pues porque es la conducta del perro

la que determina la consecuencia y, en función de esta, el perro asociará o no la relación entre dos estímulos o eventos, tenderá o no a repetir la conducta, etc. Por ejemplo, si un perro se sienta y cada vez que lo hace le damos un premio, tenderá a repetir la conducta porque la consecuencia es buena; si, por el contrario, cada vez que muerde una planta le lanzamos un bote de refresco con piedras dentro, no tenderá a repetir la conducta porque la consecuencia es mala.

Es decir, nuestro interés debe centrarse más en el estado emocional del perro como precursor de las conductas y en entender los procesos cognitivos que determinan la forma en que los perros clasifican la información, pero la asociación, aprendizaje, adiestramiento, etc., seguirán basándose en principios de aprendizaje establecidos por el conductismo.

Nosotros miramos, los perros ven

A lo largo del libro repetimos en numerosas ocasiones que los perros son detallistas visuales, esto es muy importante tenerlo muy claro para poder entender que los perros no ven el mundo como nosotros. La vista de los humanos es muy focalizada: vemos muy bien lo que estamos mirando directamente pero bastante mal lo que se encuentra a su alrededor, de forma que nos quedamos con una imagen global, general sobre lo que estamos viendo. Los perros perciben cada mínimo detalle de lo que están mirando, por eso son tan exactos en la lectura del lenguaje corporal. Teniendo en cuenta que la vista juega un papel fundamental en la percepción, es evidente que ellos

registran numerosos datos que nosotros no somos capaces de percibir, al menos de forma consciente. Lo cierto es que la mayor parte de nuestras conductas las hacemos de forma automática, es nuestro cerebro inconsciente el que las guía; eso es lo que hace que entremos en una habitación que tiene la luz encendida y, sin embargo, pulsemos el interruptor para encenderla; también es la causa de que no sepamos dónde hemos dejado las llaves o el monedero, porque lo hacemos de forma inconsciente. Si nuestro cerebro consciente tuviera que estar permanentemente analizando los estímulos y situaciones pormenorizadamente se saturaría. Eso es lo que nos sucede por ejemplo cuando aprendemos a conducir, estamos aprendiendo el desarrollo de la tarea y nuestro cerebro consciente intenta tener en cuenta todos los factores y no somos capaces de estar pendientes a la vez del freno, acelerador, embrague, volante, palanca de cambios, retrovisor, etc., sin embargo, una vez aprendida la tarea, la realizamos de forma automática porque la dirige el cerebro inconsciente.

Lógicamente el estado emocional en el momento de adquirir la información es determinante porque si el perro está ansioso o asustado es evidente que no procesará todos los detalles de la situación ya que siente comprometida su seguridad. Sin embargo, si su estado emocional es estable, procesará hasta el más mínimo detalle del estímulo o situación. Volviendo al ejemplo anterior, es lo mismo que les sucede a muchas personas el día del examen del carnet de conducir: están soportando un fuerte nivel de estrés que les causa ansiedad y nerviosismo y no consiguen superar el examen.

Esa capacidad detallista del perro es la que le hace diferenciar entre una escalera de escalones sólidos y una que tiene vacío entre escalón y escalón. Para los perros no son lo mismo, nosotros categorizamos una escalera como “sucesión de peldaños”; sin embargo, los perros asocian a cada objeto detalles que nosotros obviamos, por eso para ellos una escalera de mano no tiene nada que ver con una escalera de peldaños de hormigón.



Para los perros, las escaleras más difíciles de subir son aquellas que tienen vacío entre escalón y escalón.

Los detalles marcan la vida del perro y su forma de aprender, por eso para ellos sentarse al lado o frente al dueño no es lo mismo que sentarse a distancia y hay que enseñárselo como dos ejercicios distintos, porque los detalles no coinciden. Por eso es tan importante darles información exacta y global de lo que esperamos de ellos cuando les enseñemos algo, para que puedan generalizar y realizar el ejercicio requerido en cualquier circunstancia en que se use el comando u orden correspondiente. A esto lo llamamos tener una conducta bajo control del estímulo (orden), es decir, el perro ejecutará la conducta en todas y cada una de las circunstancias, entornos, etc., siempre que escuche la orden.

A nivel cognitivo y de procesamiento y clasificación de la información, la vista tiene un papel mucho más importante del que se le supone; siempre pensamos en el perro como un “animal pegado a una nariz” y es cierto que el olfato es su sentido más desarrollado y que es fundamental en muchos aspectos como exploración, comunicación, localización, etc., pero la vista es determinante a la hora de clasificar la información. Ya sabemos que los perros tienen el sentido de la vista no operativo hasta aproximadamente los veintiún días de edad; durante ese periodo de tiempo la información sobre el entorno es básicamente olfativa (también táctil), el cachorro percibe a través del olfato los olores existentes en el entorno: el de su madre, hermanos, personas que entran a la paridera, olor de la comida de su madre..., pero hasta el momento en que su sentido de la vista es operativo no disponen de ninguna información más sobre los estímulos del entorno; es entonces cuando pueden

establecer clasificaciones en función de las formas, tamaños o volúmenes y, sobre todo, a observar el lenguaje corporal, tanto de sus hermanos de camada como de su madre y los cuidadores. Este último punto es fundamental porque la información adquirida a través del olfato por sí sola es totalmente insuficiente para que el perro pueda interpretar y clasificar la información relativa al lenguaje corporal de forma precisa y eficaz. Si un perro dispone de información olfativa, táctil y auditiva sobre sus hermanos, pero carece de información visual al respecto, será incapaz de detectar, interpretar o anticipar sus intenciones o conductas.

Por lo tanto, es evidente que el sentido de la vista es determinante para que el perro pueda clasificar la información proveniente del entorno y, por lo tanto fundamental para su adaptación al entorno, y para su supervivencia. Lógicamente, cuantos más detalles sea capaz de percibir visualmente el perro, mayor será el número de claves que clasificará respecto al estímulo o situación y esto le dotará de un abanico de posibilidades de adaptación y ajuste a cada circunstancia. Es decir, influirá determinadamente en el desarrollo de las competencias emocionales del perro, tanto intrapersonales como interpersonales, que analizaremos en el siguiente capítulo.